

DOMINGO II DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 4,32-35): *Todos pensaban y sentían lo mismo.*

Salmo (117, 2-4.16ab-18.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

2ª lectura (1ª Juan 5,1-6): *Todo lo que ha nacido de Dios vence a mundo.*

Evangelio (Juan 20,19-31): *¡Señor mío y Dios mío!*

Entre otras muchas cosas, el progreso científico y tecnológico ha ahuyentado fantasías e ignorancias del pasado y nos ha permitido desentrañar y comprender mejor la realidad. Pensemos en los avances de la medicina y cómo, gracias a ellos, la vida tiene mayor calidad. Cada día, el ser humano conoce mejor la realidad y cuenta con más capacidad para controlarla y ponerla a su servicio.

Los avances en el estudio de los textos antiguos han permitido comprender mejor la Biblia. El estudio crítico de los textos ha logrado interpretar de un modo más correcto los diversos sentidos de la Biblia y, gracias a ello, dejar en el pasado lecturas literalistas y posicionamientos fundamentalistas. La modernidad, y con ella la crítica racional, han contribuido a la superación de un cristianismo excesivamente autoritario y dogmático y, como consecuencia, bastante ignorante.

Para muchas personas, ciudadanas de la cultura moderna, no cabe más realidad que aquella que es conocida y dominada por la ciencia y la técnica. “Lo que hay es lo que se ve”. No cabe el misterio. No pueden casar el saber de la ciencia con la realidad, no científica, del misterio de Dios. Para algunos grupos de cristianos, hijos de una cultura cristiana determinada, no caben otras comprensiones y realizaciones históricas del cristianismo que las ya conocidas. Para ellos solo hay un modelo de realización del cristianismo y se aferran a él.

Sin embargo, la realidad más real es el misterio, Dios, invisible a los ojos de la ciencia. La realidad de Dios siempre supera nuestros sentidos y comprensiones. El misterio del Resucitado siempre pone en cuestión nuestras creencias y nos invita a ver más allá, en lo escondido.

Atrás quedó aquella época en la que algunos grandes hombres de ciencia auguraron la desaparición de las religiones. Hoy los científicos son más prudentes, muchos son creyentes o están abiertos al misterio de Dios.

En la figura de Tomás podemos vernos reflejados cada uno de nosotros. De algún modo, la figura de Tomás nos representa a todos los creyentes y expresa las dificultades que tenemos para creer en la resurrección de Jesús. En todo creyente hay un no creyente y, dependiendo de la situación existencial por la que atravesemos, nos es más fácil o más difícil creer.

El evangelio nos dice que Tomás no estaba con el grupo de discípulos cuando, en la tarde del domingo, Jesús se les apareció. También narra que, más tarde, cuando regresa al grupo, y le dicen: **«hemos visto al Señor»**, Tomás no termina de creérselo.

En las primeras comunidades había cristianos que no acababan de creerse el testimonio de los apóstoles y pedían señales para creer en la resurrección. Todas aquellas dudas de fe, el evangelista las concentra en la figura de Tomás, que quiere ver y tocar las heridas producidas por los clavos. Tomás quiere una señal, un hecho extraordinario, un milagro. Pero no lo hay. El hecho extraordinario es la revelación de Dios acontecida en Jesús.

Las dificultades para creer en el Señor resucitado han continuado, en la comunidad cristiana, a lo largo de los siglos. Seguimos pensando que es más fácil creer cuando “*vemos y tocamos*” que cuando tenemos que fiarnos del testimonio de otros. Seguimos teniendo la tentación de pensar que es más fácil creer si nos sucede un acontecimiento extraordinario, un milagro, que fiándonos del testimonio de Jesús de Nazaret.

Hoy, esas dificultades siguen presentes. En una cultura racionalista y utilitarista, como la nuestra, lo que no es comprobable científicamente no vale o parece un cuento. Podríamos decir que uno de los rasgos centrales de nuestra cultura es como Tomás en estado puro: necesidad de ver y tocar, de comprobar empíricamente; aunque, paradójicamente, también hoy, muchas personas buscan respuestas en la adivinación, el tarot, la astrología, los gurús o en espiritualidades sin Dios.

Jesús nos propone algo diferente y nuevo: creer sin haber visto. No nos pide la credulidad del que todo se lo cree a ciegas, sino la fe del que se fía del testimonio de los que vieron. En la vivencia de la fe, el camino no es **«ver para creer»**, sino **«creer para ver»**. Quien cree, quien se fía del testimonio de los apóstoles y de los compañeros de camino, comienza a verse a sí mismo, la vida y a Jesús, de otro modo.

Hoy, en esta Pascua, y en este nuevo tiempo cultural y social, el evangelio nos anima a recrear en cada uno de nosotros y en su Iglesia, la experiencia de aquellos primeros discípulos. Y esa experiencia consiste en volver a creer en Jesús, en su palabra y en su vida. Volver a creer en Jesús y esperarlo, abriendo todas las puertas que tengamos cerradas. Y si creemos, lo veremos, como lo vio Tomás.